

WICHITA

Nadia Villafuerte

Una familia es un accidente, la mía sabe de muchos. Los del pasado forman un buen ejemplo. Que los bisabuelos eran primos hermanos cuando se casaron. Que el abuelo le desastró el vestido a la abuela horas antes de la boda.

Una familia es un accidente. Lo sé porque vivo lejos de la mía y a veces me descubro repitiendo los mismos modos a millas de distancia; en otras, son una bandada de extraños a los que una podría encontrarse en una parada de autobús, incluso si nos rozamos los codos. Estoy entre el cuerpo de mi abuela y mi hermana. A ellas les toca ventanilla, a mí, observarme el tabique chueco en el espejo delantero. Esa torcedura también fue consecuencia de un golpe, recuerdo, pero el recuerdo se disipa con la música. Mamá dirige el estéreo, papá el volante. El Sedán es modelo 2000 y esta es la carretera panamericana que atravieso cada verano, cuando vengo a visitarlos. En realidad debo decir “cuando voy a visitarlos”, porque es acá donde escribo. Y escribo: una familia es un accidente, la mía sabe de muchos. Los del pasado forman un buen ejemplo. Que los bisabuelos eran primos hermanos cuando se casaron. Que el abuelo le desastró el vestido a la abuela horas antes de la boda. Que un petardo estalló en el patio y por eso el tío quedó sordo.

Que una bala perdida le arrancó el alma a no sé quién. Que un primo robó dinero del banco y se vistió de mujer para huir. Que la epilepsia de Cristina y la locura de Susana con una tijera en las manos y hasta un primo que se congestionó por comer sandías a medianoche. Mi abuela Wichita, la del vestido de novia, que no nació ayer y a quien le gusta contar historias del pasado, se acomoda el pelo chino detrás de las orejas y dice: Sí, habían. Pasaban a ras y hacían temblar las ramas de los árboles y te alborotaban el pelo y con la boca abierta pensabas “se va a caer”. No, volvían a remontar alto, después se los tragaba la nube. Otros sí, y la muchedumbre se acomodaba alrededor para sacar a los pilotos de las ramas. ¿No se salvaban? No, los pilotos quebrados no, a veces el brazo en una rama y la pierna en otra. La abuela Wichita pela los dientes y se ríe en el “nunca se salvaban”, como si le hiciera gracia. Una ráfaga de viento de aquellos años entra y nos despeina aunque ahora estamos en otro lugar. ¿Y tú te subiste a una avioneta? No, tampoco. Tu mamá sí, estaba encinta, de pron-

to tuvo aquel dolor. Arriba debió perder a la criatura, llegó tarde al hospital. ¿Es cierto? Pero mi madre no responde. Está ocupada tratando de encontrar una estación de radio que estabilice una canción sin las disonancias de la mala señal. Y por fin la encuentra. A ella le gusta la música, tanto que por una cumbia es capaz de abandonar los demás ruidos. Le gustan las cantantes, las bailarinas, el circo, el cine mudo, estaba embarazada de ocho meses cuando se trepó a la avioneta y el producto se asfixió en medio del trayecto. Después regresó junto con mi padre a la casa del maestro, bajo de la cual escuchaban la lluvia por semanas, y donde vivieron hasta que algo semejante a la esperanza o la desesperación se apoderó de ella y le ordenó a su marido que pidieran el cambio de ministerio. ¿Madre, es cierto?, insisto y es él quien completa la historia: bajamos del cerro, desgajado por lluvia, ah, pero eso sí, tu mamá con tacones. Sí, obvio, con tacones, los más altos que tenía, con esos bajé del cerro, para darme valor, responde por fin, porque ella es así, no ve lo que no quiere, no escucha lo que no quiere, aunque en realidad vea y escuche todo lo que pasa, más que la mayoría de nosotros. Me acuerdo de esos tacones y de su vestido de tirantes, así llegó tu mamá, toda flaca. Luego, al año naciste tú. No era un vestido de tirantes, era un *jumpsuit*, tú te acuerdas hasta de lo que no existe, reclama mi madre. Ay, lo bueno es que yo nunca me acuerdo de nada, corea mi hermana con la mano afuera, que el aire ondea como si la carne fuera un pañuelo. Ah, yo resguardo incluso el olor de los troncos de pino que juntábamos para hacer fuego y cocinar. Nos encantaba, hasta que una vez, por descuido, le prendimos lumbre a la cortina. ¿Prendieron, quiénes? Yo, mis



No estoy hablando de un paisaje naturalista, sino de la mirada como ejercicio ideológico.

hermanos. Huimos y nos quedamos fuera hasta que llegó la gente a ayudarnos. ¿Y? ¿Cómo que “y”, hija? ¿Cómo crees que no voy a acordarme del olor de la madera si causamos ruina? Se chamuscaron nuestras ropas, pero es que no teníamos muchas cosas que hacer, no sabes hasta qué punto me aburría, dice. Vitalidad y entusiasmo tornándose irritación, melancolía. Como supongo se aburrió mi madre en el cerro.

Como me aburro yo, hasta que escribo: una familia es un catálogo de fatalidades de las cuales no se escapa. Al principio la frase suena falsa, pero la banda sonora todo lo recompone. Atravesamos una zona de palmeras y un galpón gigante y unos molinos eólicos y unas haciendas con los techos vencidos. Mientras más nos adentramos a la tierra, más siento que estamos entre restos y ruinas. La

abuela instala su paisaje: estamos en Yajalón, 1940, de este lado hay una iglesia, de este otro un baldío, allá una hostería, más baldíos llenos de monte, la calle sin piedra líquida, ¿cemento, abuela? Cemento, sí, aclara, y adentro de la casa nosotros, las caras con tizne por el incendio. Pero la gente fue buena y nos regaló mudas y zapatos. Todo porque éramos los hijos de los músicos del pueblo. Siempre compraban lo que vendíamos. Iban a buscar algo de cambio y los escuchábamos decir: “A’í vienen los marimbas”. Mis hermanos, apestosos a sudor, les enseñaban su boca rencorosa y su mala dentadura. Yo les daba mal el vuelto y me echaba a correr. Escribo “músicos de pueblo” y piso los fragmentos del vidrio teñidos por el sol, toco el descarapele de los muros, la encuentro: mi abuela es una mujer fuera de foco que

me atraviesa y se va derecho a la calle sin pavimentar: sin piedra líquida, corrige mi abuela, hundiendo sus zapatos prestados en el lodo. ¿Por qué te echabas a correr si ellos eran buenos? Qué va a ser. Las cosas no son tan fabulosas como las imaginas. ¿Cómo son entonces? Duras, igual a la masa de los amarillos. A tu madre le enseñé a prepararlos, no quiso. La mandé a mericar, menos. Le daba los dulces sobre el cucurucho y se sentaba en las bancas a comérselos uno por uno. Volvía con la canasta rala y sin monedas. ¿Te daba vergüenza, mami, vender? Es mi papá el que responde: pero mírala los sábados en el tianguis de La Patria Nueva, no da ni rebajas. Mamá canta, desatendiéndose de un pasaje que le ha arrebatado su madre y que solo ella debería conservar para sí, como un secreto, pero que mi



¿Cuál es la memoria del paisaje?

abuela narra sin escrúpulos. Van quedando atrás las palmeras y las haciendas viejas y los molinos y debajo de las bocinas del estéreo una voz rasposa destruida por el cigarro y el alcohol. Cambia la canción, sugiere mi padre. No, me gusta, reta mi madre, en un acto de infantil desacato. El codo de mi hermana es suave, real, no pertenece al punto borroso de un pasado ajeno. Su dedo señala la franja de mar que se observa desde esa curva en el camino. Ella también se aburre mientras dobla su ropa los domingos, me lo ha dicho, pero en los viajes se siente segura. Sí, repite mi hermana, segura, no necesito fantasear, no necesito más nada. Nunca me sentí segura, repite mi madre, como si hubiese oído mi cabeza, o como si su voz fuera un eco de la frase de su hija. Es que era

tímida y vender dulces me daba ansiedad. Miro su perfil: el rostro de mi madre anida un gesto, puede que sea la revancha de la felicidad. Allá, en cambio, 1960 o algo, tiene los pómulos hundidos, el pelo colgando disparejo, el garbo anoréxico. Desde donde está no nos mira: sus mejillas le arden de rabia.

Pasamos un retén. ¿Cómo están, señores, esta es una parada de rutina, a dónde viajan? Al puerto, dice mi padre, quitándose los lentes Rayban de fayuca. Disfruten, disfruten, maneje con cuidado. Atravesamos el tramo de las vías de un tren fantasma en la costanera. En cambio, a mí me divertiría: es la abuela, que vuelve a reclamar su lugar. Sus ojos muestran una luminosidad opaca, quizá forzada por la sombra de una imagen lastrando la anterior. Me

gustaba mucho vender dulces desde que fui chamaca, hasta que la vendimia acabó. Curva peligrosa a una milla, dice una señal en amarillo. Ella se reacomoda los chinos, papá se pone o se quita la cachucha, madre revolotea cosas en la guantera, mi hermana dispara con su teléfono, el aire de otras épocas nos entra a ramalazos y yo inhalo y echo mi aliento a la cara de mi abuela como para empujarla. Entonces prosigue.

Esa tarde me piden que vaya al mercado y haga un mandado. Apunto la lista en mi libreta, me pongo a mi hermana Lucrecia en los hombros, me la llevo. El pelo le cae en los hombros, tiene la mirada perdida, dos canicas celestes —una virgen—, y cuando Lucrecia mira a las gallinas, las gallinas ponen huevos, cuando Lucrecia mira las vacas, las vacas sacan le-

che con nata. Huevos de rancho, repite, con la yema estallando. Parece un milagro, dice, acariciando el recuerdo, como si la invadiera una inexplicable ternura o una callada envidia. Nos detenemos a curiosear las sillas, los ventiladores de pie de una tienda, los muebles, las vajillas en un mirador, los maniquís, unas muñecas en la tienda de don Manuel Pola que tiene de todo, desde enaguas hasta copas. Me agarra la tarde y cuando llego al mercado está cerrado. Es en el regreso que los focos colgantes de la carpa me encandilan y voy. Yo las sigo, a mi abuela y a Lucrecia. Cruzo el quiosco, una florería, un almacén abandonado detrás de la estación de ferrocarriles que allá, en aquel pueblo, aún funciona. La abuela se detiene a preguntar cuánto cuestan los crisantemos. ¡Qué extraña la abuela! ¿Cómo se le ocurre preguntar por esas flores? Solo sirven para el funeral, murmuro, hasta que me doy cuenta de que la abuela y la Lucrecia en sus hombros van ya por el lado opuesto. Lucrecia tiene un vestido de escarolas, unos zapatitos tan blancos que parecen escarcha en sus pies. ¿Y tú, abuela? ¿Yo? Yo la mato esa tarde. No fue tal, aclara mamá, amparada en ese ruido de fondo que insiste. ¿Cómo que esa tarde la matas? No reparo en el cambio del tiempo, hasta que en una de las secuencias de oscuridad veo la sombra de la abuela y el bulto que carga sobre sus hombros, unidos a mi propia sombra, y me desconcentro. Mi padre baja la velocidad, pregunta si queremos orinar en los baños de la última caseta. Mi hermana lleva shorts, una blusa de tiras, un listón fosforescente en la frente, chanclea las sandalias cuando se dirige al baño, indiferente a los malos augurios. Él va y viene con gaseosas, ¿fuma un cigarro? Mamá se queda en su asiento re-

No sé cómo salgo del circo, dice. Cruzo el parque de vuelta, la iglesia, el quiosco, la florería, me llega el olor de los crisantemos igual a un presagio, galopando y aflojando el paso, con zancadas sordas, así llego al cuarto. Me la quito a Lucrecia de los hombros, la tiendo, el cuerpo me pesa.

pitándome: tu abuela es muy fantásica y dramática. El sol suelta una espuma rojiza que nos vuelve más irreales pero la voz rasposa se ha ido y el ritmo de una cumbia anticipa la certidumbre de lo que vendrá: las plantaciones y los manglares pululantes de insectos y unos riachuelos negros que se convierten en pantanos y los bueyes de súbito cruzando el asfalto, retándote de frente.

Cuando mi hermana regresa y nos reacomodamos y papá arranca, estoy lista para escuchar el final. Es muy simple y lo he escuchado novecientas veces, porque es uno de los desastres familiares que atesoro, en especial porque se salva mi abuela y con ella el hechizo de su dulce tonada, la heredada obstinación de sacar esos relatos del fondo de un cofre de raso maldito. Bueno, el caso es que Lucrecia hace oro lo que toca, mientras que yo las destruyo. Me dejo llevar por los focos colgantes de la carpa, nunca tenemos dinero para entrar al circo; el portón está abierto, entro. En el banco de enfrente hay un hombre alimentando a las palomas. En el costado aparece el domador. Lleva unos pantalones coloridos, el torso desnudo, botas de caucho, huele a mierda. Saca su látigo, levanta el rostro, nos camela. Creo que eso es. Lo que nos rodea desaparece y solo se oyen sus manos grandes que azotan. Como la he perdido, a la abuela, no puedo escuchar su respiración, hilar sus pensamientos, observarla desde fuera. Hago lo

que puedo y por temor a perderla, escribo: el tiempo no es una línea recta, sino un laberinto, como el del tramo carretero en el que vamos, pero si te pegas al lugar correcto, escuchas pasos acelerados y voces, te escuchas caminando del otro lado.

No sé cómo salgo del circo, dice. Cruzo el parque de vuelta, la iglesia, el quiosco, la florería, me llega el olor de los crisantemos igual a un presagio, galopando y aflojando el paso, con zancadas sordas, así llego al cuarto. Me la quito a Lucrecia de los hombros, la tiendo, el cuerpo me pesa. Como piedra líquida, agrego. No, peor. Voy al tocador, saco el cofrecito forrado de raso con un candado y una llave. No sé qué estoy buscando y cuando me siento en el borde de la cama me doy cuenta. La miro y se me llena la boca de angustia y deseo estar lejos, en una carretera rumbo al mar. Es en ese instante en el que, calculo, es ella, mi abuela, quien me mira desde aquella escena y no al revés. Lo que viene es su explicación lógica: Lucrecia debió desnucarse en el trayecto, con mis trotes. Y la ilógica, que es la respuesta compartida también por mi madre: puede que fueran, que hubieran sido los ojos del domador. ¿Cómo te van a matar unos ojos? Me atan esa misma noche a un árbol. ¿Los árboles donde caen los pilotos? Esos meros. Paso la noche con los pies y las manos atados. Si dejo de llorar, los animales no olfatearán. Ese es mi castigo. Al otro día me desanudan y más luego se lleva a cabo el

Siempre nos acompañarán los episodios fatales. O nos ganarán las ansias por contarlos. Donde no había nada, la voz se yergue y lo que escupe por la boca o las manos no teme los futuros daños ni cómo el resto se descarrilará. Escribo: allá está el coche, y pronto aparece el Sedán modelo 2000, hundido en la carretera llena de baches, jodida por el mal gobierno.

velorio y funerales. Se ofrece champurrado y tamales en una tina. El ataúd de Lucrecia es tan pequeño como el cofre de raso con un candado y una llave. Nunca lo abro. Las gallinas que Lucrecia hacía dar huevos, aparecen sucias y desplumadas en el patio, ya no son gallinas, son flores. La retengo, a mi abuela, así: sus pies descalzos hundidos en la tierra gruesa, las estrellas que brillan arriba con crueldad. La rodeo con la necesidad de hablar pero de mi boca nada sale, no sale nada. Al fin, con esfuerzo, digo:

¿Abuela? Qué quieres, chasquea con brusquedad, como si mi interrupción estropeará lo que desentierra su mente. Otra canción en la radio, una sentimental se empalma con el letrero: Bienvenidos a Boca del Cielo. Y la bula y los colores y las texturas son demasiado reales y provocan una euforia insuperable como para querer volver atrás. Los puestos de mangos y plátanos en las orillas, un carrito de ceviche, las mujeres caminando con sus pailas de macabíl, las cortinas de flores de las viviendas sumidas en la pobreza y el paraíso tropical. Es nuestro viaje de costumbre pero entramos sofocados y expectantes. Cada que vengo a visitarlos. Y voy cada verano. Voy y vengo. Las distancias se me traslapan. Y cada verano con ellos quiero salir corriendo

y cada que llego a mi piso sin ascensor quiero volver. Huele a sal y a algo que se descompone debajo de las cañerías rotas y probablemente bajo el mar. Papá ahora va a vuelta de rueda y regatea con un lugareño que le ofrece palapa por cien pesos. Cien pesos por mirar las olas y la arena morena, cuando yo comprometo hasta mi tiempo con tal de tener un lugar, lejos de ese mundo lleno de accidentes, que me permita estar a salvo y escapar.

¿Abuela?, repito. ¿Y te sientes culpable? Al principio no siento nada, ni siquiera entiendo. Solo tengo sueño porque no puedo pegar el ojo. Me sueltan del tronco, traigo el calzón pegado a las nalgas porque me orino, el pelo revuelto como nido de víboras. Después me siento mayor, no adulta, sino como ahora, cuando te resignas o lo olvidas pero tampoco encuentras paz. ¿Y no estás en paz? Su rostro tiene sosiego, acostumbrada por fin a la oscuridad de la noche, pero ninguna de las dos logramos unir los hilos de la conversación. La música se estanca en los botones del estéreo, a mi hermana le brota sangre de la tira en la frente, papá maniobra el volante tratando de salir del hoyo, mamá, alcanzo a vislumbrar el baile de sus manos, sin entender. A mí un ardor se me pega a la nuca y un zumbido, el de todas las canciones de la radio, se

me instala en la cabeza, que se hincha. Oigo la desesperación de los neumáticos, las voces de la gente que viene y nos rodea. Ni hace falta heredar el cofre, grito, pero mi grito es tenue, sin la fuerza que podría tener en medio de un barranco y no de un hoyo cualquiera.

Siempre nos acompañarán los episodios fatales. O nos ganarán las ansias por contarlos. Donde no había nada, la voz se yergue y lo que escupe por la boca o las manos no teme los futuros daños ni cómo el resto se descarrilará. Escribo: allá está el coche, y pronto aparece el Sedán modelo 2000, hundido en la carretera llena de baches, jodida por el mal gobierno. Alrededor reverbera el trópico que el percance corta de un último tajo. Y adentro estoy yo, tratando de huir del horror de haber despertado para siempre. Lo que sueño es más o menos sencillo: regresaré a mi piso sin ascensor, beberé, bailaré sola y desnuda, nunca a salvo de mi familia ni de sus desastres ni de su caos ni de su amor indulgente. Para esos accidentes escribiré finales tan holgados que al menos parezcan libertad. Eso cavilo. Después las ideas se me confunden y no sé si lo que viene ya pasó o pasará todavía. Porque el olor a sal y algo que se pudre probablemente más allá de los caños hediondos y dentro del mar se clavan en mi nariz y mi boca. Tan fuerte la boconada sucia que igual a Lucrecia y el feto asfixiándose en el vientre de mi madre y a los pilotos cayendo y a mi abuela atada a un árbol, mi cuerpo por un momento, aún tibio, deja de respirar. **LPyH**

Nadia Villafuerte (Tuxtla Gutiérrez, 1978) es autora de los libros de cuentos *Barcos en Houston* (2005), *¿Te gusta el látex, cielo?* (2008) y de la novela *Por el lado salvaje* (2011).